

## DOS LIBROS DE CONCHA PELAYO

Pedro Martín Lago

Ahora que llega el Otoño me llegan también dos libros escritos por Concha Pelayo: *Zamora tiempo de espera* y *Hojas secas en mi caminar*. En sí mismos, ninguno de los dos libros son *libros* en sentido estricto. Se trata de recopilaciones de artículos de opinión publicados por esta escritora amiga en el periódico *La Opinión-El Correo de Zamora*. Escribir, hacer periodismo, es a veces una excelente manera de hacer historia. Una historia venial de la vida cotidiana y provinciana. Una crónica social en la que, nuestra autora, partiendo de su Muelas natal y de su Ricobayo del Alba/del Alma, va abriéndose en espiral hacia nuevos temas de interés: desde lo rural pasa a lo urbano y se prolonga por tierras de Portugal y de España: Zamora y el Duero, los Arribes y Miranda, jaras y peñas, poesías y prosas, mujeres y caballeros, voces y votos, gitanos y gitanillos, decires y poderes, semanas santas y profanas...

Que no sea el primero un libro formalmente histórico no obsta para que sirva de punto de partida para una historia muy zamorana y a la vez castellana y leonesa, en la que, como señala su prologuista, «se anota livianamente, pero de forma y modo comprensivo, tanto los hechos trascendentales como las anécdotas». Se trata de (d)escribir sobre los diferentes acontecimientos que se han ido produciendo a lo largo de estos años, desde los tiempos de la transición hasta los momentos actuales. Su autora no hace una crítica formalista de la sociedad zamorana y sus gentes. Le importa Zamora y los zamoranos, «su talante, su conformismo, su educación, sus principios y su españolidad», por eso los sigue de múltiples modos: campesinos zamoranos, turquesas en Zamora, Zamora y sus posibilidades, la mujer zamorana y el descubrimiento de América, Ven a Zamora y vive más todavía, corrupciones zamoranas, Zamora se despierta, El feudo de Zamora, Zamora, la bien callada, Zamora, la concienciada, Zamora, bella durmiente, Las

bicicletas sí son para Zamora... Sus páginas rezuman «enzamoramiento» *ad nauseam*.

El segundo es un libro a la vez documental y descriptivo sobre la vida, la suya y la nuestra, que siempre permanece. Su autora, apuntándose el mérito de la franqueza,

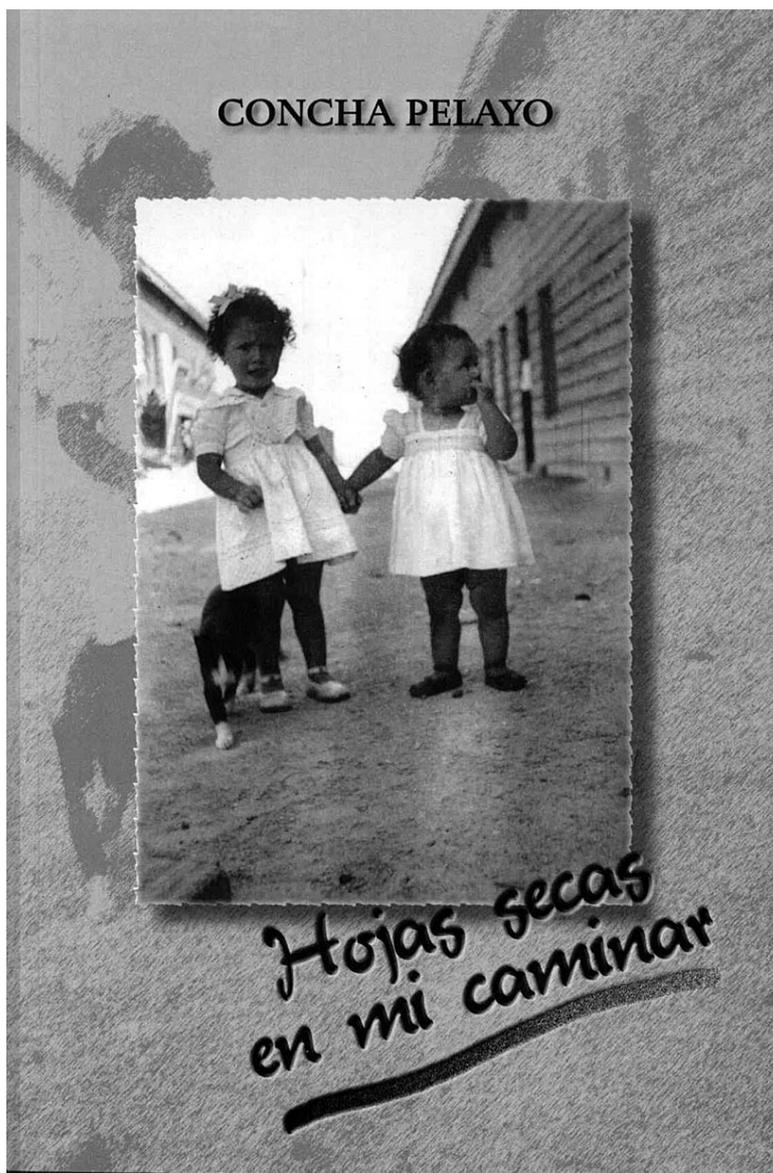
libro de título tal vez demasiado bonito. *Hojas secas en mi caminar*. En él, Conchita, no puedo prescindir del diminutivo amistoso, nos hace confesiones importantes. En primer lugar, la de reconocerse una misma, a pesar de sus negaciones («la respuesta es no») y a pesar de todas las circunstancias («Franco no come garbanzos»). Es ella misma quien lo escribe y lo percibe: según su sensación fue la Caperucita de once años quien se conduce hasta su reencuentro con Carmen, la amiga asesinada, o con Ángeles de Trujillo.

Para mí, esto es lo importante del libro, la revisión de sus recuerdos y, más todavía, el relato de sus estampas de vida y muerte, amores y desamores, reencuentros y conmemoraciones. Y no es cierto que haya desaparecido la poesía. Hay resonancias del portugués Fernando Pessoa: «Mi corazón, mis pensamientos, son libres como pájaros», Claudio Rodríguez y también León Felipe. Nada mal para una tierra como esta nuestra, siempre tan necesitada de poesía.

El libro se cierra con un último capítulo sobre la vida y la muerte (estas son palabras mayores) que para decirlo con la propia expresión de Concha Pelayo cuando a ellos se refiere «mi estado de ánimo era sereno y relajado». Sea, pues. Por mi parte no me resta sino manifestar el deseo de que estos dos libros finalmente se lean y hasta se traduzcan. Y esto por dos razones. Porque nuestra literatura

castellana y zamorana, a pesar del acrecimiento de publicaciones de los últimos años, sigue necesitada de estos temas *originales* que avenan nuestro peculiar modo de ser y de pensar. Y porque hay grandes escritores en la historia, es verdad, cuyas obras pueden ser mejores que las nuestras, pero no son las nuestras.

\* Pedro Martín Lago es Doctor en Filosofía y Catedrático.



es muy explícita en sus motivos: poyos de piedra, la matanza, campanas y campanarios, el caer de la tarde, el crepúsculo, la lumbre del hogar... Y por encima de todo ello, los pueblos de Zamora que al decir de nuestra autora «siguen siendo un poco cándidos, solitarios y alegres, y el corazón de sus gentes añora épocas pasadas: en las sombras de las casas, en el viento que se filtra y en el humo de sus chimeneas que lo lanzan alto, muy alto». Y sin embargo también el paso del tiempo se siente en este